



1. Cómo Piruleta llegó a ser Piruleta

Él no se llamaba en realidad Piruleta Meier, sino, a decir verdad, Víctor Manuel Meier. Víctor por su abuelo y Manuel por su tío abuelo, que era su padrino. Pero el señor Albrecht, el de la farmacia, le había dicho: “Víctor Manuel, ése es nombre para un rey. Muchos reyes italianos llevaron ese nombre”.

Piruleta se fue a su casa, se puso frente al espejo y se contempló largamente. Luego se dijo: “No, no me parezco casi en nada a un rey italiano. Así que no pienso seguir llamándome Víctor Manuel”.

Fue un atardecer cuando Piruleta llegó a esta importante conclusión, y tuvo que hacerlo él solo porque su madre no había regresado del

trabajo, su hermana seguía en la clase de piano, su abuela se había marchado a la peluquería y su abuelo se había muerto en Semana Santa.

En el caso de que algún lector piense que el padre falta en la lista de los parientes ausentes, diremos, y de una vez para siempre, que Piruleta no tenía ninguno, ninguno de verdad. Ninguno que por la mañana se sentara durante horas en el baño y se fumara allí un cigarrillo. Ninguno que después empezara a buscar las llaves del coche y terminara culpando a todos de haberlas perdido. Ninguno a quien llamara el maestro y viniera después pegando cuatro gritos; y ninguno, tampoco, que le arreglara la bicicleta y le contara de cuando era pequeño, y de cómo una vez se escapó de su casa con tres latas de pescado para el viaje.

El padre de Piruleta vivía en el otro extremo de la ciudad. Su mujer se llamaba Amelia (lo menciono únicamente porque a Piruleta le daba risa este nombre). Tres hijos tenía el padre con esta Amelia y cada cuatro domingos recogía a Piruleta y a su hermana por las tardes para sacarlos

a pasear, y cuando llovía, entraban a un café. No hace falta saber más acerca del padre porque no volverá a aparecer en todo el libro y porque era muy aburrido lo que les sucedía cada cuatro domingos por la tarde. Para Piruleta, para la hermana y probablemente también para el padre.

Lo más emocionante que ocurrió fue una vez que, en el café, apareció una hormiga en el bizcocho. Muerta al hacerse el bizcocho, naturalmente, y el padre se negó a pagarlo.

—Un bizcocho con una hormiga dentro —le dijo a la mesera— es algo repulsivo e incomedible.

Largo rato discutieron el padre y la camarera y, mientras tanto, Piruleta se comió de puro aburrimiento todo el bizcocho.

Dejó naturalmente el trozo de bizcocho con la hormiga pero el trozo, por desgracia, se cayó al suelo y rodó debajo de un asiento, sin que lo pudieran encontrar. La mesera aprovechó para decir que lo de la hormiga había sido una invención. Sin pruebas no iba a creerse ella que sus bizcochos de primera clase contenían una

hormiga. El padre tuvo que pagar el bizcocho y se quedó de malhumor. Piruleta y su hermana se preguntaron a lo largo del trayecto a casa si estaría de malhumor por culpa de la mesera o de Piruleta. A Piruleta le hacía falta un nuevo nombre, porque él no era ningún rey italiano. Se le ocurrían muchos nombres, pero él quería hacer las cosas bien y se dijo: “No se bautiza uno a sí mismo; se debe ser bautizado por otro”.

Así que Piruleta esperó hasta que su madre llegó del trabajo y su hermana de la clase de piano y la abuela de la peluquería. La madre, la hermana y la abuela se esforzaron de verdad, pero entre las tres tenían menos imaginación que un caballo viejo. Se les ocurrió “Pipsi”, “Chispi”, “Boy”, “Ratón” y, finalmente, hasta “Peluso”. Pero éstos no son nombres para alguien que hasta entonces se ha llamado como un rey italiano.

Piruleta salió a llamar en todos los pisos vecinos. Se lo podía permitir porque todos los inquilinos lo querían y a todos les preguntó por un nuevo nombre, pero a nadie se le ocurrió

algo más que a la madre, la hermana y la abuela. Algunos pensaron incluso que no era posible cambiarse de nombre y otros opinaron que Víctor Manuel era un nombre muy bonito para Piruleta.

Y entonces se fue a ver a Otto. Otto tenía un establecimiento al lado del portal de la casa, pegado a la farmacia del señor Albrecht. No es nada fácil explicar qué clase de establecimiento era. Un poco lechería, pues se podía comprar mantequilla, crema y leche pasteurizada, pero no leche fresca. La tienda era también un poco como una verdulería, ya que Otto vendía papas, cebollas, pepinos y manzanas, pero no tenía nunca ni fresas ni melocotones ni albaricoques. También era como una tienda de golosinas. El mostrador de cristal estaba lleno de frascos de caramelos: caramelos rellenos, caramelos para la tos, de frambuesa y caramelos ácidos, y muchas cajas con turrone y ositos de goma dulce y lazos azucarados ocupaban los estantes de la tienda de Otto. Vendía además agujas de coser y broches y cintas de goma y gises de sastre.

Seguramente por eso había a la entrada un letrero con la inscripción “Artículos varios” y mucha gente, seguramente también por eso, le llamaba “Variados Otto”.

Piruleta, quien aún seguía preocupado por la cuestión de su nombre, entró en la tienda de Variados Otto, se sentó sobre un saco de papas, en el rincón donde se apilaban unos tambores de detergente, y cogió una piruleta de una caja que había sobre un estante al lado de las papas. Una piruleta verde con un suave sabor a menta. Sentado sobre las papas y lamiendo su piruleta pensaba mucho mejor, lo había comprobado. Sobre las papas y con un caramelo en la boca se le ocurrían soluciones a cuentas complicadísimas, incluso a algunas que aún no había aprendido en la escuela.

Las piruletas verdes de sabor a menta venían de Estados Unidos. MADE IN USA se leía en la tapa de la caja de los caramelos. Encima, en un recuadro azul y con grandes letras rojas, venía escrito PIRULETA. ¡Por lo visto así llaman los estadounidenses a estos caramelos con palito!

